

Amor en verso



Colleen
Hoover

COLEEN HOOVER

AMOR EN VERSO

Traducción de
Alejandra Devoto

Título original: *Slammed*

© 2012, Colleen Hoover.

Publicado de acuerdo con Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Alejandra Devoto, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-08-13461-9

Depósito legal: B. 4.430-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresa Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

*I'm as nowhere as I can be,
Could you add some somewhere to me?*¹

Salina, THE AVETT BROTHERS

Kel y yo metemos en el camión de alquiler para mudanzas las dos últimas cajas. Cuando deslizo la puerta y la cierro con el seguro, estoy guardando bajo llave los recuerdos de dieciocho años, todos los cuales incluyen a mi padre.

Han pasado seis meses desde su muerte, bastante lejana para que mi hermano Kel, de nueve años, no llore cada vez que hablamos de él, pero a la vez bastante reciente para obligarnos a aceptar las secuelas financieras que acarrea para una familia que, como ahora es monoparental, no se puede permitir el lujo de seguir viviendo en Texas, en la única casa que he conocido.

—Vamos, Lake, no seas tan pesimista —dice mi madre cuando me entrega las llaves de la casa—. Me parece que Michigan te gustará mucho.

Jamás me llama por mi nombre legítimo. Mi padre y ella tardaron nueve meses en decidir el nombre que me pondrían: a ella le gustaba «Layla», por la canción de Eric Clapton, y a mi padre, «Kennedy», por algún Kennedy.

«No importa cuál de los Kennedy —solía decir—: ¡me gustan todos!»

1. «Estoy en medio de la nada —más, imposible—, / pero ¿podrías añadirme un poco más de nada?»

Yo tenía casi tres días cuando el hospital los obligó a tomar una decisión. Aceptaron coger las tres primeras letras de cada nombre y quedó «Layken», aunque ninguno de los dos me llamó nunca así.

Remedo el tono de mi madre:

—Vamos, mamá, ¡no seas tan optimista! Michigan no me va a gustar nada.

Mi madre siempre ha sido capaz de transmitir todo un sermón con una sola mirada. Recibo esa mirada.

Subo los escalones del porche y entro a dar un repaso antes de cerrar con llave por última vez. En todas las habitaciones hay un vacío inquietante. No tengo la impresión de estar recorriendo la casa en la que he vivido desde que nací. Los seis últimos meses han sido un torbellino de emociones, todas negativas. Que nos fuéramos de aquella casa era inevitable —me doy cuenta—, pero esperaba quedarme hasta acabar el instituto.

Me detengo en lo que ya no será más nuestra cocina y vislumbro un clip de plástico de color morado que asoma por debajo del armario, en el lugar donde solía estar la nevera. Lo recojo, le quito el polvo y jugueteo con él metiéndomelo entre los dedos.

«Te volverá a crecer», me dijo mi padre.

Yo tenía cinco años. Mi madre había dejado las tijeras de podar en la repisa del cuarto de baño y, por lo visto, hice lo que suelen hacer la mayoría de los niños de esa edad: me corté el pelo.

«Mamá se va a enfadar mucho conmigo», lloriqué.

Yo pensaba que, si me cortaba el pelo, volvería a crecer de inmediato y nadie se daría cuenta. Me corté un trozo bastante ancho del flequillo y me quedé sentada delante del espejo como una hora, esperando que volviera a crecer. Recogí del suelo los cabellos castaños lisos y los sostuve en la mano, tratando de encontrar una forma de volver a pegármelos en la cabeza, y después me eché a llorar.

Cuando mi padre entró en el cuarto de baño y vio lo que había hecho, se limitó a reír, me cogió en brazos y me sentó sobre la repisa.

«Mamá no se va a dar cuenta, Lake —prometió, mientras retiraba algo del botiquín—. Por casualidad, guardo aquí algo de magia. —Abrió la palma de la mano y me mostró el clip morado—. Mientras lo lleves en el pelo, tu madre no se enterará. —Me cepilló el pelo que quedaba y puso el clip en su sitio. A continuación me volvió de cara al espejo—. ¿Lo ves? ¡Ni se nota!»

Observé nuestra imagen reflejada en el espejo y me sentí la niña más afortunada del mundo: no conocía a ningún otro padre que tuviera clips mágicos.

Llevé aquella horquilla en el pelo todos los días durante dos meses y mi madre no la mencionó ni una sola vez. Ahora que lo pienso, supongo que él debió de contarle lo ocurrido, pero, a los cinco años, yo creía en su magia.

Físicamente, me parezco más a mi madre que a él. Las dos somos de mediana estatura. Como ha pasado dos embarazos, mis vaqueros no le caben, pero podemos compartir casi todo lo demás. Las dos tenemos el cabello castaño que, según el clima, puede quedar liso u ondulado. Sus ojos son de un esmeralda más intenso que los míos, aunque tal vez sólo destaquen más por la palidez de su cutis.

Salí a mi padre en muchos aspectos importantes. Teníamos el mismo sentido del humor cáustico, el mismo carácter, la misma pasión por la música, la misma risa. Kel es totalmente distinto. Se parece físicamente a nuestro padre, con su cabello rubio ceniza y sus facciones suaves. Es más bien menudo para sus nueve años, pero compensa la falta de estatura con su personalidad.

Me acerco al fregadero, abro el grifo y friego con el pulgar los trece años de mugre acumulada en el clip. Kel entra en la cocina

caminando hacia atrás justo cuando me estoy secando las manos en los vaqueros. Es un niño extraño, pero lo quiero muchísimo. Le gusta jugar a algo que él llama «el día invertido», durante el cual se pasa casi todo el tiempo caminando hacia atrás, hablando al revés y hasta empezando a comer por el postre. Supongo que, como hay tanta diferencia de edad entre él y yo y al no tener más hermanos, necesita encontrar alguna forma de entretenerse.

—¡Prisa des te que mamá dice, Layken! —dice, invirtiendo el orden de la frase.

Me guardo la horquilla en el bolsillo de los vaqueros, salgo y cierro con llave la puerta de casa por última vez.

En el transcurso de los días siguientes, mi madre y yo nos turnamos para conducir mi todoterreno y el camión de mudanzas y sólo paramos dos veces en un hotel para dormir. Kel nos acompaña alternativamente a ella y a mí y el último día viaja conmigo en el camión. Completamos durante la noche el agotador tramo final de nueve horas y sólo nos detenemos una vez para hacer un breve descanso. A medida que nos acercamos a nuestra nueva ciudad, Ypsilanti, presto atención a mi entorno y al hecho de que, aunque estamos en septiembre, tengo encendida la calefacción. No cabe duda de que tendré que cambiar mi vestimenta.

Cuando giro por última vez a la derecha para entrar en nuestra calle, el GPS me comunica que «ha llegado a su destino».

—Mi destino —río en voz alta para mí misma.

Mi GPS no tiene ni idea.

La calle sin salida no es muy larga y está bordeada por unas ocho casas de ladrillo de una sola planta a cada lado. Hay una canasta de baloncesto en la entrada de una de las casas, lo cual

me hace concebir esperanzas de que Kel encuentre a alguien con quien jugar. La verdad es que parece un barrio agradable. Los jardines tienen el césped cuidado y las aceras están limpias, aunque hay mucho hormigón. Demasiado. Ya echo de menos mi casa.

Nuestro nuevo casero nos ha enviado fotos por correo electrónico, de modo que enseguida me doy cuenta de cuál es nuestra casa. Es pequeña. ¡Muy pequeña! La de Texas era un chalet estilo californiano con muchísimo terreno. La ínfima porción de tierra que rodea esta casa está ocupada, prácticamente, por hormigón y enanos de jardín. La puerta principal permanece abierta y veo a un señor mayor —el propietario, supongo— que sale y nos hace gestos con la mano.

Avanzo como cincuenta metros por delante de la casa para poder subir marcha atrás hacia la entrada, de modo que la parte posterior del camión quede delante de la puerta. Antes de poner la palanca de cambios en marcha atrás, alargo el brazo y sacudo a Kel para despertarlo. Lleva durmiendo como un lirón desde Indiana.

—Despierta, Kel —susurro—. Hemos llegado a nuestro destino.

Estira las piernas y bosteza; después apoya la frente en la ventanilla para echar un vistazo a nuestra nueva casa.

—¡Mira! ¡Hay un niño en el jardín! —dice Kel—. ¿Vivirá también con nosotros?

—Espero que no —respondo—. Supongo que es un vecino. Baja y ve a presentarte mientras acomodo el vehículo.

Cuando consigo colocar el camión en el sitio correcto, pongo la palanca de cambios en punto muerto, bajo las ventanillas y apago el motor. Mi madre detiene el todoterreno a mi lado y la observo apearse y saludar al casero. Me encojo unos cuantos centímetros en el asiento y apoyo el pie en el salpicadero, mien-

tras observo a Kel y a su nuevo amigo, que luchan con espadas imaginarias en la calle. ¡Qué envidia! Me da envidia que acepte la mudanza con tanta facilidad, mientras yo quedo como la hija enfadada y resentida.

Al principio, cuando mamá decidió que nos mudábamos, se disgustó, sobre todo porque estaba en plena temporada de la liga de béisbol infantil. Tenía amigos a los que echaría de menos, pero, a los nueve años, tu mejor amigo suele ser imaginario y transatlántico. Mi madre lo consoló enseguida con la promesa de que podría apuntarse a hockey, algo que él quería hacer en Texas, aunque era un deporte difícil de encontrar en el sur rural. Cuando ella se lo prometió, él se mostró contento, incluso entusiasmado, con la idea de venir a Michigan.

Entiendo que tuviéramos que mudarnos. Mi padre se ganaba bastante bien la vida dirigiendo una tienda de pinturas. Mi madre trabajaba a discreción como enfermera, cuando hacía falta, pero sobre todo se ocupaba de la casa y de nosotros. Como un mes después de la muerte de mi padre, consiguió un trabajo de jornada completa. Observé el efecto que producía en ella el estrés por la muerte de mi padre, sumado al hecho de ser la nueva jefa de la familia.

Una noche, durante la cena, nos explicó que no cobraba lo suficiente para seguir pagando las facturas y la hipoteca. Dijo que había un trabajo con el que podría ganar más, pero que tendríamos que mudarnos. Se lo había ofrecido Brenda, una vieja amiga del instituto. Habían crecido juntas en la ciudad natal de mi madre, Ypsilanti, justo a las afueras de Detroit. Le pagaban más de lo que podía conseguir en Texas, de modo que no tenía más remedio que aceptar. No la culpo por la mudanza. Mis abuelos han fallecido y no tiene a nadie que la ayude. Comprendo que tuviéramos que cambiar de casa, pero comprender algo no siempre lo facilita.

—Layken, ¡date por muerta! —grita Kel por la ventanilla abierta, mientras me atraviesa el cuello con su espada imaginaria. Se queda esperando que me desplome, pero me limito a poner los ojos en blanco—. Te he clavado mi espada. ¡Te tienes que morir!

—Aunque no te lo creas, ya estoy muerta —farfullo, mientras abro la puerta y me apeo.

Kel deja caer los hombros y baja la vista al hormigón, con la espada imaginaria mustia a un lado del cuerpo. Tras él, su nuevo amigo pone la misma cara de derrotado. Me arrepiento enseguida de haberles transmitido mi mal humor.

—Ya estoy muerta —digo, poniendo voz de monstruo lo mejor que puedo—, ¡porque soy una zombi!

Cuando extendiendo los brazos hacia delante, inclino la cabeza a un lado y gorgoteo, empiezan a chillar.

—¡Cerebros! —mascullo y echo a andar tras ellos con las piernas rígidas alrededor del camión—. ¡Cerebros!

Rodeo lentamente la parte delantera del vehículo con los brazos extendidos al frente y advierto que alguien coge a mi hermano y a su nuevo amigo por el cuello de la camiseta.

—¡Aquí los tienes! —grita el desconocido, sujetando a los dos niños que chillan.

Parece un par de años mayor que yo y es bastante más alto. La mayoría de las chicas dirían que está como un queso, pero yo no soy como la mayoría. Los chavales agitan los brazos y a él se le notan los músculos bajo la camisa mientras se esfuerza por mantenerlos agarrados.

Al contrario de lo que ocurre con Kel y conmigo, no cabe duda de que ellos dos son hermanos. Dejando aparte la evidente diferencia de edad, son idénticos. Los dos tienen la piel tersa y aceitunada, el cabello negro azabache y hasta el mismo corte de pelo muy corto. Ríe cuando Kel se suelta y empieza a apuñalarlo

con su supuesta espada. Me mira y, moviendo los labios, dice «Socorro». Entonces caigo en la cuenta de que me he quedado paralizada con mi pose de zombi.

Mi primera reacción habría sido volver a meterme en el camión de mudanzas y esconderme en el suelo por el resto de mi vida, pero en cambio aúllo «¡Cerebros!» una vez más y arremeto contra el niño más pequeño con la intención de morderle la coronilla. Agarro a Kel y a su amiguito y empiezo a hacerles cosquillas hasta que los dos se dejan caer uno encima del otro sobre la entrada de hormigón.

Cuando me enderezo, el hermano mayor me tiende la mano.

—Hola, me llamo Will. Vivimos enfrente —dice y señala la casa que queda justo frente a la nuestra.

Le estrecho la mano.

—Soy Layken y supongo que vivo aquí —respondo y echo un vistazo a la casa que tengo a mis espaldas.

Sonríe. El apretón de manos se prolonga y ninguno de los dos dice nada. ¡Cómo detesto las situaciones embarazosas!

—Vale, bienvenidos a Ypsilanti —dice, separa la mano de la mía y se la mete en el bolsillo de la chaqueta—. Y ¿de dónde venís?

—¿De Texas? —respondo.

No sé por qué doy a mi respuesta la entonación de una pregunta. Ni siquiera sé por qué me estoy cuestionando que parezca una pregunta. Tampoco sé por qué estoy analizando el motivo por el cual estoy analizando. Me aturullo. Debe de ser por la falta de sueño de estos tres últimos días.

—Conque de Texas, ¿eh? —dice.

Se balancea sobre los talones. La incomodidad aumenta cuando no respondo. Baja la mirada hacia su hermano, se agacha y lo coge por los tobillos.

—Tengo que llevar a este jovencito a la escuela —dice, mientras lo columpia y se lo sube a los hombros—. Esta noche llega

un frente frío. Os conviene descargar hoy todo lo que podáis. Dicen que durará unos cuantos días, de modo que, si esta tarde necesitáis ayuda, avisadme. Estaremos de vuelta a eso de las cuatro.

—Vale, gracias —le digo.

Cruzan la calle y, mientras los sigo mirando, Kel me clava la espada en la parte baja de la espalda. Caigo de rodillas, apretándome el estómago con las manos, y, cuando me inclino hacia delante, se me sube encima para liquidarme. Vuelvo a echar una ojeada a la otra acera y veo que Will nos observa. Cierra la puerta del lado de su hermano, da la vuelta al coche hasta el lado del conductor y saluda con la mano.

Descargar todas las cajas y los muebles nos lleva la mayor parte del día. El casero nos ayuda a mover las cosas más grandes que mi madre y yo no podemos levantar solas. Estamos demasiado cansadas para ocuparnos de las cajas que hay en el todoterrreno y acordamos dejarlo para mañana. Me decepciona un poco ver el camión de mudanzas vacío por fin, porque ya no tengo excusa para pedir ayuda a Will.

En cuanto la cama está montada, empiezo a retirar de la entrada las cajas que llevan escrito mi nombre. Cuando he vaciado la mayoría de ellas y he hecho mi cama, advierto que los muebles de mi dormitorio proyectan sombras en las paredes. Miro por la ventana y veo que el sol se está poniendo. O aquí los días son mucho más cortos o he perdido la noción del tiempo.

Encuentro a mi madre y a Kel en la cocina, acomodando la vajilla en los armarios. Me encaramo a una de las seis sillas altas de la barra, que sirve también como mesa de comedor, porque aquí no hay una habitación para comer. A esta casa le faltan muchas cosas. Al entrar por la puerta principal, hay un pequeño

recibidor y, a continuación, la sala de estar, que sólo está separada de la cocina por un pasillo a la izquierda y una ventana a la derecha. Donde acaba la moqueta beis de la sala de estar empieza el suelo de madera del resto de la casa.

—Aquí todo está limpiísimo —dice mi madre, mientras sigue colocando los platos—. No he visto ni un solo insecto.

En Texas hay más insectos que hierba. Cuando no estás espantando moscas a manotazos, estás matando avispa.

—Por lo menos en Michigan hay una cosa buena, ¿no? —respondo.

Abro la caja de pizza que tengo delante y paso revista a la selección.

—¿Una sola? —Me guiña un ojo, se inclina por encima de la barra, coge un pepperoni y se lo mete en la boca—. Yo diría que, como mínimo, hay dos.

Me hago la desentendida.

—Te he visto hablando con aquel chico esta mañana —dice sonriendo.

—¡Mamá, por favor! —respondo con toda la indiferencia que soy capaz de fingir—. Estoy segura de que no nos llevaremos ninguna sorpresa al ver que Texas no es el único estado con habitantes del sexo masculino.

Voy a la nevera y cojo un refresco.

—¿Qué quiere decir *conabitantes*? —pregunta Kel.

—Son dos palabras: «con» y «habitantes» —lo corrijo—. Quiere decir que allí están, residen, existen, moran, subsisten, viven.

Se nota que mis cursos de preparación para el bachillerato han valido la pena.

—Ah, entonces ¿nosotros somos *conabitantes* de Ypsilanti? —pregunta.

—Habitantes —vuelvo a corregirlo. Acabo mi porción de pizza y bebo otro trago de refresco—. Estoy molida. Me voy a la cama.

—¿Eso significa que vas a ser *conabitante* de tu dormitorio?
—dice Kel.

—¡Qué rápido aprendes, pequeño saltamontes!

Me agacho para darle un beso en la coronilla y me retiro a mi habitación.

Resulta muy agradable meterse bajo las mantas. Al menos mi cama me resulta familiar. Cierro los ojos y trato de imaginar que estoy en mi antiguo dormitorio. Mi antiguo y cálido dormitorio. Las sábanas y la almohada están congeladas, de modo que me tapo la cabeza con las mantas para generar algo de calor. Mañana por la mañana, en cuanto me levante, tengo que acordarme de localizar el termostato.

Eso es exactamente lo que me dispongo a hacer cuando bajo de la cama y apoyo los pies descalzos en el suelo gélido. Cojo un jersey del armario, me lo pongo encima del pijama y busco en vano unos calcetines. Me desplazo sigilosamente por el corredor de puntillas, tratando de no despertar a nadie y, al mismo tiempo, de apoyar la menor superficie posible del pie en la madera fría. Cuando paso junto al dormitorio de Kel, diviso en el suelo sus zapatillas de Darth Vader. Entro a hurtadillas, me las pongo —¡qué alivio!, ¡por fin!— y me dirijo a la cocina.

Busco la cafetera, pero no la encuentro. Recuerdo haberla puesto en el todoterreno y es una pena, porque está aparcado fuera. ¡Con el frío que hace aquí!

No veo las chaquetas por ninguna parte. En Texas no suelen hacer falta en septiembre. Cojo las llaves y pienso que no tengo más remedio que ir corriendo hasta el todoterreno. Abro la puerta de entrada y advierto que todo el jardín está cubierto por una sustancia blanca. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que es. ¿Nieve? ¿En septiembre? Me agacho y recojo un poco

con la mano y lo examino. En Texas no nieva mucho y la nieve, cuando cae, no es así; se parece más a pedriscos minúsculos. La nieve de Michigan es exactamente como me imaginaba que sería la nieve de verdad: suave, blanda... ¡y fría! La dejo caer con rapidez y me seco las manos en la camiseta, mientras me dirijo al todoterreno.

No llego lejos. En cuanto las zapatillas de Darth Vader toman contacto con el hormigón espolvoreado de nieve, dejo de tener delante el todoterreno. Quedo tumbada de espaldas, mirando el límpido cielo azul. Enseguida siento un dolor en el hombro izquierdo y me doy cuenta de que he aterrizado sobre algo duro. Busco a tientas y retiro de debajo de mi cuerpo un enano de jardín de cemento —le falta la mitad del gorro rojo, que se ha hecho añicos— que me sonrío con suficiencia. Refunfuño, alzo el brazo sano y lo echo hacia atrás con la intención de lanzar el enanito, pero alguien me detiene.

—¡No te lo recomiendo!

Reconozco de inmediato la voz de Will: tranquila y relajante —así era la de mi padre—, pero, al mismo tiempo, con un tono autoritario. Me incorporo y lo veo acercarse a mí por el camino de entrada.

—¿Estás bien? —dice, riendo.

—Me sentiré mucho mejor cuando haya destrozado esta porquería —le digo, mientras trato infructuosamente de levantarme.

—Es mejor que no lo hagas. Los gnomos dan buena suerte —dice al llegar a mi lado.

Me coge el enano de las manos y lo deposita con suavidad en la hierba cubierta de nieve.

—Ya lo veo —respondo y advierto el corte profundo en el hombro que me acaba de formar un círculo rojo brillante en la manga del jersey—: muy buena suerte.

Will deja de reír al verme la camisa ensangrentada.

—¡Dios mío! Perdona. No me habría reído de haber sabido que te habías hecho daño. —Se agacha, me coge por el brazo ileso y me pone de pie—. Tendrás que vendártelo.

—No tengo ni idea de dónde encontrar una venda en este momento —respondo, haciendo referencia a los montones de cajas que aún no hemos abierto.

—Ven conmigo. Hay vendas en nuestra cocina.

Se quita la chaqueta y me la coloca encima de los hombros, sujetándome el brazo mientras me ayuda a cruzar la calle. Me siento un poco melodramática, porque puedo andar yo sola, pero no pongo reparos. ¡Menuda hipócrita con todo el movimiento feminista! He hecho una regresión a la damisela en apuros.

Me quito su chaqueta y la dejo en el respaldo del sofá; después lo sigo a la cocina. Como el interior está aún a oscuras, supongo que todos siguen durmiendo. Su casa es más espaciosa que la nuestra. La planta abierta es igual en las dos, pero la sala de estar parece bastante más grande. Una ventana amplia en saliente con alféizar y grandes cojines da al jardín de atrás.

Hay varias fotografías familiares colgadas en la pared frente a la cocina. La mayoría son de Will y su hermanito, pero en algunas salen también sus padres. Me acerco a echarles un vistazo, mientras él busca una venda. Debió de salir a su padre. En una de ellas —aunque parece la más reciente, da la impresión de haber sido tomada hace varios años— aparece el padre con los brazos en torno a sus dos hijos, estrechándolos para una foto espontánea. Su cabello negro azabache está moteado de canas y un abundante bigote negro acentúa su amplia sonrisa. Sus facciones son idénticas a las de Will. Los dos tienen ojos que sonríen al reír, dejando al descubierto una dentadura perfecta y blanquísima.

La madre de Will es impresionante. Tiene el cabello largo y rubio, y parece —al menos en las fotografías— bastante alta. No detecto ninguno de sus rasgos faciales en sus hijos. Puede que Will haya heredado su carácter. Todas aquellas fotografías de la pared ponen de manifiesto una gran diferencia entre su casa y la mía: esto es un hogar.

Entro en la cocina y me siento delante de la barra.

—Hay que lavar la herida antes de ponerte la venda —dice, mientras se arremanga y abre el grifo.

Lleva una camisa de color amarillo pálido con el cuello abotonado, ligeramente transparente a la luz de la cocina, que deja traslucir el contorno de la camiseta. Es ancho de espaldas y las mangas le ciñen los músculos de los brazos. Llega con la cabeza al armario que tiene encima y, por la similitud entre nuestras cocinas, calculo que mide como quince centímetros más que yo. Estoy contemplando fijamente el estampado de su corbata negra —le ha dado la vuelta por encima del hombro, para no mojársela—, cuando cierra el grifo y regresa hacia la barra. Siento que me ruborizo al cogerle de las manos la servilleta húmeda y no me enorgullezco de haber prestado tanta atención a su aspecto físico.

—Está bien —digo y me bajo la manga del hombro—. Puedo hacerlo yo.

Abre una venda mientras me limpio la sangre.

—Y ¿qué hacías fuera en pijama a las siete de la mañana? —pregunta—. ¿Seguís descargando?

Niego con la cabeza y arrojo la servilleta a la basura.

—Café.

—Vaya. Supongo que no te gusta madrugar —dice Will, más como una afirmación que como una pregunta.

Cuando se acerca a vendarme el hombro, percibo su aliento en mi cuello. Me froto los brazos para que no se me noten los

escalofríos que los recorren. Aplica la venda y me da unos golpecitos.

—Ya está —dice—. Como nueva.

—Gracias y sí que me gusta levantarme temprano —explico—, pero no sin tomarme un café.

Me pongo de pie y miro por encima del hombro, como si inspeccionara el vendaje, mientras preparo mi siguiente paso. Ya le he dado las gracias. Podría darme la vuelta y largarme, pero sería descortés, cuando acaba de ayudarme, pero, si me quedo aquí de pie esperando que me siga dando conversación, podría parecer estúpida por no marcharme. Ni siquiera entiendo por qué me estoy planteando cosas tan básicas con respecto a él. ¡Sólo es un vecino más!

Cuando me vuelvo, está delante de la encimera, sirviendo una taza de café. Se me acerca y la apoya en la barra frente a mí.

—¿Lo quieres con leche o azúcar?

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No, gracias. Me gusta solo.

Se apoya en el otro lado de la barra y me observa mientras lo bebo. Sus ojos son del mismo tono verde intenso que los de su madre en la fotografía. Supongo que algo tiene de ella. Sonríe y baja la vista para mirar su reloj de pulsera.

—Me tengo que marchar. Mi hermano me espera en el coche y he de ir a trabajar —dice—. Te acompaño a casa. Quédate con la taza.

La miro antes de beber otro sorbo y observo las letras grandes grabadas en el lateral: «EL MEJOR PADRE DEL MUNDO». Es igual que la taza que usaba mi padre para beber el café.

—Estoy bien —le digo y me dirijo hacia la puerta de entrada—. Creo que ya puedo caminar erguida.

Sale tras de mí, cierra la puerta a sus espaldas e insiste en que

me lleve su chaqueta. Me la pongo sobre los hombros, le doy las gracias de nuevo y cruzo la calle.

—¡Layken! —me grita cuando estoy a punto de volver a entrar en mi casa.

Me doy la vuelta y lo veo de pie en la entrada de su casa.

—¡Que la fuerza te acompañe!

Se echa a reír y sube a su coche, mientras me quedo allí, mirando fijamente las zapatillas de Darth Vader que llevo puestas. Típico.

El café me ha sentado bien. Localizo el termostato y cuando llega la hora de la comida la casa por fin ha empezado a entibiarse. Mi madre y Kel han ido a las empresas de servicios para ponerlo todo a nombre de ella y a mí me quedan las últimas cajas, sin contar lo que no hemos bajado aún del todoterreno. Consigo acomodar unas cuantas cosas más y decido que es hora de darme una ducha. Estoy casi segura de que llevo como tres días con pinta de hippy.

Al salir de la ducha, me envuelvo en una toalla y me echo el cabello hacia delante mientras lo cepillo y me hago un *brushing*. Cuando está seco, dirijo el secador hacia el espejo empañado y limpio un círculo para poder aplicarme un poco de maquillaje. Observo que mi bronceado ha empezado a aclararse. No creo que aquí pueda tumbarme mucho al aire libre, de modo que habré de acostumbrarme a tener el cutis algo más pálido.

Me cepillo el pelo, me lo recojo hacia atrás en una coleta y me aplico un poco de brillo de labios y rímel. Paso del colorete, porque da la impresión de que ya no lo necesito: entre el clima y mis breves encuentros con Will, mis mejillas siempre parecen rojas.

Mi madre y Kel ya han regresado y han vuelto a salir mientras yo estaba en la ducha. Ella me ha dejado una nota para in-

formarme de que irán a la ciudad con su amiga Brenda para devolver el camión de mudanzas. Ha dejado tres billetes de veinte dólares en la encimera, junto a las llaves del coche y una lista de la compra. Cojo todo y me dirijo al todoterreno. Esta vez consigo llegar hasta él sin tropezar.

Cuando estoy retrocediendo con el coche, me doy cuenta de que no tengo ni la menor idea de adónde me dirijo. No conozco este pueblo y ni siquiera sé si tengo que girar a la derecha o a la izquierda al salir de mi propia calle. El hermanito de Will está en su jardín delantero, de modo que detengo el coche junto al bordillo y bajo la ventanilla del acompañante.

—¡Oye! ¡Ven un momento! —le grito.

Me mira vacilante. Tal vez piense que me voy a volver a comportar como una zombi. Camina hacia el coche, pero se detiene como a un metro de la ventanilla.

—¿Cómo puedo llegar hasta la tienda de comestibles más cercana? —le pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—¿Me lo dices en serio? Tengo nueve años.

De acuerdo. Entonces, el parecido con su hermano sólo es superficial.

—Vale, gracias de todos modos —le digo— y, por cierto, ¿cómo te llamas?

Me sonrío con picardía y grita:

—¡Darth Vader!

Se echa a reír y sale corriendo en la dirección opuesta al coche.

¿Darth Vader? Caigo en el significado de su respuesta: se está burlando de las zapatillas de andar por casa que yo llevaba puestas esta mañana. No pasa nada. Lo que sí pasa es que Will debió de hablar de mí con él. No puedo evitar imaginar la conversación entre ellos ni lo que Will piensa de mí, si es que piensa en mí... No sé por qué, pero he estado pensando en él más de lo que

me parece conveniente. No puedo parar de preguntarme cuántos años tendrá, qué habrá estudiado o si estará soltero.

Por suerte, no he dejado atrás a ningún novio en Texas. Hace casi un año que no salgo con nadie. Entre el instituto, mi trabajo a tiempo parcial y colaborar en las actividades deportivas de Kel, no me quedaba demasiado tiempo para los chicos. Me doy cuenta de que será un gran cambio pasar de no disponer de tiempo libre a no tener absolutamente nada que hacer.

Abro la guantera y extraigo mi GPS.

—No te lo recomiendo —dice Will.

Alzo la vista y lo veo venir hacia el coche. Hago todo lo posible para reprimir la sonrisa que trata de adueñarse de mi cara.

—¿Qué es lo que no me recomiendas? —pregunto, mientras inserto el GPS en el soporte y lo enciendo.

Se cruza de brazos y se apoya en la ventanilla del coche.

—Hay muchas obras en este momento y con eso te perderás.

Cuando estoy a punto de responder, Brenda se detiene a mi lado con mi madre. Brenda baja la ventanilla del conductor y mi madre se estira desde el asiento.

—No te olvides del jabón para lavar la ropa... No recuerdo si lo he apuntado en la lista. Y jarabe para la tos. Me parece que estoy a punto de pillar algo —dice a través de la ventanilla.

Kel baja de un salto del asiento de atrás, corre hacia el hermano de Will y lo invita a entrar a conocer nuestra casa.

—¿Puedo? —pregunta el niño a Will.

—Claro que sí —dice Will, mientras abre la puerta del acompañante—. Vuelvo en un ratito, Caulder. Voy a acompañar a Layken a hacer la compra.

¿De verdad? Le echo un vistazo y veo que se está abrochando el cinturón.

—No soy muy bueno dando indicaciones de palabra. ¿Te molesta si te acompaño?

—Supongo que no —digo, riendo.

Miro hacia Brenda y mi madre, pero ellas ya han subido al camino de entrada. Pongo en marcha el coche y sigo las indicaciones que Will me va dando del barrio.

—¿De modo que tu hermano pequeño se llama Caulder?
—digo, haciendo un esfuerzo desganado por charlar.

—El pequeño y el único. Después de que yo naciera, mis padres estuvieron años tratando de tener otro hijo. Cuando por fin nació Caulder, los nombres como «Will» habían pasado de moda.

—A mí me gusta tu nombre —digo.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Parece un coqueteo burdo.

Ríe. Me gusta su risa. Detesto que me guste su risa.

Me sobresalto cuando siento que me aparta el pelo del hombro y me toca el cuello. Me pasa los dedos por debajo de la parte superior de la camiseta y la baja un poco por encima del hombro.

—Pronto vas a tener que volvértelo a vender.

Me sube otra vez la camiseta y le da unos golpecitos. Sus dedos me dejan un reguero de calor en todo el cuello.

—Recuérdame que compre vendas en la tienda —le digo, procurando demostrar que lo que hace y su presencia no me afectan en absoluto.

—Vamos a ver, Layken. —Hace una pausa y, en lugar de mirarme a mí, observa las cajas que siguen apiladas en el asiento trasero—. Háblame de ti.

—Huy, no, que eso está muy trillado —le digo.

Se echa a reír.

—De acuerdo. Lo averiguaré por mi cuenta.

Se inclina hacia delante y aprieta el botón de «expulsar» en mi reproductor de discos. Se mueve con tanta naturalidad como

si hubiera ensayado sus movimientos durante años. ¡Qué envidia! Yo nunca me he destacado por tener demasiada gracia.

—Sabrás que dice mucho de una persona la música que le gusta. —Extrae el disco y observa la etiqueta—: «¿LA BASURA DE LAYKEN?» —lee en voz alta y ríe—: En este caso, ¿la palabra «basura» es descriptiva o posesiva?

—Es que no me gusta que Kel toqueter mis cosas.

Le arrebató el disco y lo vuelvo a poner en el reproductor. En cuanto el banjo empieza a salir por los altavoces a todo volumen, me da vergüenza. Aunque soy de Texas, no quiero que confunda esto con la música country. Si hay algo que no echo de menos de Texas es esa clase de música. Estiro la mano y bajo el volumen, pero él me la coge.

—Súbelo otra vez, por favor. Conozco este tema —objeta, sin soltarme la mano.

Mis dedos siguen apoyados en el mando del volumen, de modo que vuelvo a subirlo. No puede ser que lo conozca. Me doy cuenta de que se está marcando un farol: ahora es él quien coquetea burdamente.

—¿Ah, sí? —le digo y, para ponerlo en evidencia, le pregunto—: Y ¿cómo se llama?

—Son los Avett Brothers —dice—. Yo lo llamo «Gabriella», pero creo que es el final de una de sus canciones de *Pretty Girl*. Me encanta el final de este tema, cuando empiezan de pronto con las guitarras eléctricas.

Su respuesta a mi pregunta me sorprende. Es verdad que los conoce.

—¿Te gustan los Avett Brothers?

—Me chiflan. El año pasado tocaron en Detroit. Fue el mejor espectáculo en vivo que he visto en mi vida.

La adrenalina me circula por el cuerpo como un torrente cuando le miro la mano, que sigue agarrada a la mía en el man-

do del volumen. Me gusta, pero me enfado conmigo misma porque me guste. No es la primera vez que un chico me hace tirlín, pero por lo general me controlo mejor y soy menos sensible a estas maniobras tan típicas.

Cuando observa que me he fijado en nuestras manos, suelta la suya y se frota las palmas en las perneras de los pantalones. Parece un gesto nervioso, y me pregunto si se sentirá tan incómodo como yo.

La música que suelo escuchar no es la más corriente y es rarísimo encontrar a alguien que conozca siquiera a la mitad de las bandas que me apasionan. Los Avett Brothers siempre han sido mis preferidos.

Mi padre y yo nos quedábamos levantados por la noche y cantábamos juntos algunas de sus canciones, mientras él trataba de sacar los acordes en su guitarra. En una ocasión me los describió. Me dijo:

«Una banda tiene talento de verdad, Lake, cuando sus imperfecciones definen la perfección».

Llegué a comprender lo que quería decir cuando empecé a escucharlos de verdad. Cuerdas de banjo rotas, sonidos desahcordes repentinos y apasionados, voces que pasan de serenas a broncas y se ponen a chillar en una sola estrofa. Todo esto aporta a su música esencia, carácter y credibilidad.

Cuando mi padre murió, mi madre me dio un regalo anticipado que él habría querido hacerme cuando cumpliera dieciocho años: un par de entradas para un concierto de los Avett Brothers. Me puse a llorar cuando me las entregó, pensando en las ganas con las que probablemente mi padre esperaba darme aquella sorpresa él mismo. Yo sabía que él habría querido que las usara, pero no pude. El concierto se celebró pocas semanas después de su muerte y comprendí que no lo disfrutaría, al menos no como lo habría hecho si él me hubiese acompañado.

—A mí también me encantan —digo, vacilante.

—¿Alguna vez los has visto tocar en directo? —pregunta Will.

No sé muy bien por qué, pero, a medida que vamos hablando, le cuento toda la historia sobre mi padre. Presta atención y sólo me interrumpe para darme indicaciones sobre cuándo y dónde girar. Le hablo de nuestra pasión por la música. Le cuento que mi padre murió de pronto y de forma totalmente inesperada de un ataque al corazón. Le explico lo de mi regalo de cumpleaños y el concierto al que jamás llegamos a asistir. No sé por qué sigo hablando, pero me da la impresión de que no puedo cerrar la boca. Jamás revelo información con tanta franqueza y menos a personas que apenas conozco y, sobre todo, a chicos que apenas conozco. Aún sigo hablando cuando advierto que nos hemos detenido en el aparcamiento de un supermercado.

—Guau —digo cuando me fijo en la hora que marca el reloj—, ¿es éste el camino más rápido para llegar hasta aquí? Hemos tardado veinte minutos.

Me guiña un ojo y abre su puerta.

—Pues no, en realidad no lo es.

¡Eso sí que es coquetear! Y no me cabe duda de que me hace tilín.

Las ráfagas de nieve se empiezan a mezclar con aguanieve cuando estamos cruzando el aparcamiento.

—Corre —me dice.

Me coge de la mano y me conduce hacia la entrada a toda velocidad.

Entramos en la tienda riendo y sin aliento y nos quitamos la humedad de la ropa. Me quito la chaqueta y la sacudo y entonces su mano me roza la cara para retirarme un pelo mojado que tengo pegado a la mejilla. Su mano está helada, pero el ligero

contacto de sus dedos me hace olvidar el frío glacial y se me calienta el rostro. Se le desvanece la sonrisa y nos quedamos los dos mirándonos de hito en hito. Sigo tratando de acostumbrarme a las reacciones que me produce. Cualquier roce y los gestos más simples afectan con intensidad mis sentidos.

Carraspeo y aparto la vista para coger un carrito cercano. Le entrego la lista de la compra.

—¿Siempre nieva en septiembre? —le pregunto, para tratar de aparentar que no me he inmutado.

—No y no durará más que unos días; tal vez una semana. Por lo general no empieza a nevar hasta finales de octubre —dice—. Habéis tenido suerte.

—¿Suerte?

—Sí. Es un frente frío poco común. Habéis llegado justo a tiempo.

—No me digas. Pues yo suponía que la mayoría de los yanquis odiaríais la nieve. Porque aquí nieva casi todo el año, ¿no? Se echa a reír.

—¿Los yanquis?

—¿Qué pasa?

—Nada —dice, sonriendo—, es que jamás había oído a nadie hablar de los yanquis en la vida real. Queda mono. Muy «su-reño».

—Ay, perdón —le digo—. A partir de ahora, no volveré a hablar de yanquis.

Ríe y me empuja suavemente.

—No, por favor. Me gusta cómo lo dices: suena perfecto.

No me puedo creer que me haya convertido en una de esas chicas que se derriten por un chico. ¡Cómo me desagrada! Me pongo a escudriñar sus rasgos con más atención para tratar de encontrarle algún defecto, pero es imposible. Hasta ahora, todo lo que he visto de él es perfecto.

Cogemos lo que hay apuntado en la lista y nos dirigimos a la caja. No me deja poner nada en la cinta transportadora, de modo que retrocedo y observo mientras él vacía el carrito. Lo último que coloca en la cinta es una caja de vendas. No me había dado cuenta de que las había cogido.

Cuando salimos del supermercado, Will me hace girar en la dirección contraria a la que hemos venido. Recorremos como dos manzanas y me dice que tome la siguiente a la izquierda: es nuestra calle. Hemos recorrido el trayecto que nos llevó veinte minutos a la ida en menos de uno a la vuelta.

—¡Qué bien! —digo cuando aparco en el camino de entrada.

Me doy cuenta de lo que ha hecho y de que por su parte el coqueteo salta a la vista.

Will ya está detrás del todoterreno, de modo que presiono la palanca del maletero. Me apeo y voy hacia donde está, esperando verlo con los brazos llenos de comestible. Sin embargo, se ha quedado allí, sujetando la puerta y mirándome.

Con mi mejor imitación de una belleza sureña, me llevo una mano al pecho y le digo:

—¡Vaya! Jamás habría podido encontrar la tienda sin su ayuda. Muchísimas gracias por su hospitalidad, gentil caballero.

Esperaba hacerlo reír, pero se queda allí, mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto nerviosa.

Se me acerca y con suavidad me pone la otra mano bajo la barbilla. Me espanta mi propia reacción: que se lo permita. Me estudia el rostro durante unos segundos, mientras el corazón me late aceleradamente en el pecho. Me da la impresión de que está a punto de besarme.

Trato de calmar mi respiración y alzo la mirada hacia él. Se me acerca un poco más y aparta la mano de mi barbilla, me la pone en la nuca y me inclina la cabeza hacia él. Apoya los labios

con suavidad en mi frente y los deja unos segundos; después retira la mano y da un paso atrás.

—Eres tan mona... —dice.

Se inclina hacia el maletero y coge cuatro bolsas a la vez. Las lleva hacia la casa y las deposita junto a la puerta.

Me quedo paralizada y trato de asimilar los últimos quince segundos de mi vida. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me he limitado a quedarme allí y a dejarlo hacer? A pesar de mis objeciones, me doy cuenta —y es casi lamentable— de que acabo de recibir el beso más apasionado que jamás me haya dado un chico... ¡Y ha sido en la frente, joder!

Cuando Will vuelve a retirar del maletero otro puñado de bolsas de comestibles, Kel y Caulder salen corriendo de la casa, con mi madre a la zaga. Los chicos atraviesan la calle como una exhalación para ir a ver el dormitorio de Caulder. Cuando mi madre viene hacia nosotros, Will extiende la mano con amabilidad.

—Usted debe de ser la madre de Layken y Kel. Soy Will Cooper. Vivimos enfrente.

—Julia Cohen —afirma ella—. ¿Eres el hermano mayor de Caulder?

—Sí, señora —responde él—. Le llevo doce años.

—De modo que tienes... ¿veintiuno?

Me mira —en este momento me encuentro detrás de Will— y me guiña un ojo. Aprovecho la oportunidad para devolverle una de sus miradas asesinas, pero se limita a sonreír y de nuevo concentra la atención en Will.

—Vaya, me alegro de que Kel y Lake hayan hecho amigos tan pronto —dice.

—Yo también —contesta él.

Ella se vuelve y se dirige hacia dentro, aunque a propósito me empuja suavemente con el hombro al pasar. No dice nada, pero sé lo que insinúa: me está dando su aprobación.

Will coge las dos bolsas que quedan.

—Conque Lake, ¿eh? Me gusta.

Me pasa las bolsas y cierra el maletero.

—Vamos a ver, Lake. —Se apoya en el coche y cruza los brazos—. Caulder y yo nos vamos a Detroit el viernes y no volveremos hasta el domingo a última hora, por asuntos de familia —dice y agita la mano con displicencia—, de modo que me pregunto si tienes algún plan para mañana por la noche, antes de que me marche.

Es la primera vez que me llama «Lake» alguien que no es mi madre ni mi padre. Apoyo el hombro en el coche y lo miro de frente. Trato de mantener la calma, aunque por dentro me muevo de emoción.

—¿De verdad quieres hacerme confesar que aquí no conozco a nadie? —le pregunto.

—¡Fantástico! Quedamos así, entonces. Te paso a buscar a las siete y media.

Se vuelve enseguida y se dirige hacia su casa y me doy cuenta de que en realidad no me ha invitado a salir y de que en realidad yo no he aceptado.